



ENTREVISTA A

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

SANDRA BLASCO

Zaragoza, parque José Antonio Labordeta,
31 de agosto de 2016

Fotografías: Carlos Adán Gil

Entrevistar a Carmen Magallón es escuchar y disfrutar a una amiga. Soy Sandra Blasco, historiadora y doctoranda en Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Mi relación con Carmen comenzó primero en el SIEM —seminario en el que ambas seguimos— y, sobre todo, esa relación se estrechó en el SIP (Seminario de Investigaciones para la Paz). Allí en el año 2014 pudimos disfrutar, y apasionarnos juntas, de la investigación sobre las pacifistas españolas en el periodo de entreguerras y su relación con la organización WILPF (Women's International League for Peace and Freedom), la organización con ideales pacifistas y feministas más longeva del mundo. Al trabajar y convivir en la investigación con Carmen descubrí no solo su inteligencia y empatía sino también su activismo y su amplísima trayectoria académica, y ambas merecen tener un reconocimiento.

Carmen Magallón es doctora en Ciencias Físicas por el programa de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Zaragoza. También ha realizado el DEA en Filosofía y la diplomatura de Psicología. Catedrática de Física y Química de instituto, posee la habilitación de la ANECA para profesora titular de universidad en el área de Humanidades. Fue una de las editoras de la revista *En pie de paz* (1986-2001) y cofundadora del Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer (SIEM). Desde 2003 es directora de la Fundación SIP y en 2011 fue elegida presidenta de WILPF España.

PRIMEROS AÑOS

Me gustaría iniciar la entrevista hablando de una tierra muy querida para ti, el Bajo Aragón. En *Mujeres en pie de paz* dices que tu padre luchó en el bando republicano y que, tras la victoria de Franco, fue llevado a un campo de concentración; tus abuelas se quedaron en Alcañiz y, en un momento donde la vida humana no valía apenas nada, ellas decidieron sostenerla dando de comer a todo el mundo. Interpretando su actitud, ves a tus abuelas como mujeres valientes y a tu padre como una víctima de la guerra. Me parece una hermosa forma de cambiar los estereotipos de género y el paradigma que identifica a las guerras como algo heroico. Para tu familia debió de ser una posguerra muy dura, Teruel fue una zona muy castigada por la guerra. ¿Cómo se vivía la represión bajo el prisma de la infancia? ¿Cómo influyó tu experiencia familiar en tu compromiso por la paz?

100

Era un contexto en el que pesaban mucho las prohibiciones, con el predominio de una religión dogmática, negativa, una atmósfera pesada porque todo era pecado, todo estaba prohibido. De la represión política no nos enterábamos porque éramos pequeñas, pero sí pesaba el miedo, era una sociedad asfixiante, en la que todo estaba controlado y eso una niña lo capta. Más tarde, esas prohibiciones y silencios continuaron en el internado de Teruel donde viví. Al mismo tiempo, todas esas misas, disciplina y silencios, sobre todo ese silencio, daban para mucho, ayudaban a tener una vida interior; quizás este es un aspecto que en otras generaciones más volcadas hacia fuera se ha perdido.

Es curioso que la vivencia del bombardeo de Alcañiz yo la tuviera desde niña por las historias que se contaban en casa de mis abuelas, y sin embargo cuando José María Maldonado sacó su investigación sobre este episodio¹ mucha gente se sorprendió porque el manto de silencio duró mucho tiempo, incluso yo me sorprendí, en realidad sabía poco de lo que pasó, mi conocimiento era anecdótico. Creo que sí, que esas historias influyeron en el rechazo a las guerras y en mi compromiso por la paz.

Esta pregunta te la han hecho ya muchas veces, es sobre la significación de tu paso por el instituto de Teruel, donde daban clase José Antonio Labordeta, José Sanchis Sinisterra o Eloy Fernández Clemente. A mí me gustaría preguntarte si esos profesores intentaban recuperar el legado de la Segunda República frente a las prohibiciones del franquismo y, si es así, cuándo comenzaste a identificarte tú misma como republicana.

Ellos nunca nos hablaban de política, no nos adoctrinaron. A pesar de eso, les acusaron de ser una célula maoísta, esto lo supimos más tarde. Sí, el legado cultural sí que nos lo transmitieron. Estudiábamos mucho pero no

1. MALDONADO, José María (2003). *Alcañiz, 1938: El bombardeo olvidado*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

solamente importaban los estudios, también lo cultural tenía mucho peso. A través del cineclub Luis Buñuel y las obras de teatro (representamos *La zapatera prodigiosa*, *Los de la mesa 10...*) nuestros profesores trataban de recuperar y mostrarnos un legado cultural perdido, hurtado.

Lo pasamos muy bien en esos años. El Teruel de los sesenta era una ciudad bastante amigable para los adolescentes que éramos y en el instituto Ibáñez Martín se fue creando un ambiente que además de enseñarnos nos arropaba, en ausencia de nuestras familias. Así como la infancia la viví en un contexto de miedo, aquellos profesores, los que mencionas y otros como Guillermo Gil, Juana de Grandes..., fueron afianzando nuestra autoestima y mostrándonos que la libertad era posible. Labordeta llegó a los dos años de estar yo en el instituto y pasó a ser el jefe de estudios. Ha sido el único profesor de historia que he tenido en mi vida. Nos enseñaba una historia desmitificadora de todo lo que habíamos aprendido antes, muy divertida, él era muy cercano.

ESTUDIOS

101

Finalmente, decidiste estudiar Físicas. ¿Cuáles fueron los motivos de tal decisión?

Al mirar atrás veo que siempre me han atraído los retos y que elegí afrontar algunos, por eso quise hacer una carrera que, por entonces, pensábamos que una chica nunca haría: Matemáticas o Físicas. De hecho, tenía mejores notas en historia, filosofía y literatura, en estas tenía un expediente de matrícula de honor, cosa que no me pasaba en física. Pero pensé que iba a poder abarcarlo todo: estudiaría física y leería por mi cuenta libros de historia, literatura... Como un amigo me dijo después, aquella decisión fue un pecado de orgullo, algo que no me favoreció. Ahora veo que desde el punto de vista de mi carrera ha sido así. Me impidió, por ejemplo, tener un lugar en la universidad, pues dadas mis inclinaciones hacia la historia y la filosofía de la ciencia, los estudios de paz, etc., para los de letras soy de ciencias y para los de ciencias soy de letras. Es una constatación, no una queja. Fue mi opción, fue una opción libre. Y la asumo.

Posteriormente, hiciste la tesis doctoral sobre historia de las mujeres en la ciencia. ¿Por qué elegiste ese tema?

Gané las oposiciones de enseñanza media en Madrid, en 1978, dos semanas antes de dar a luz a mi hijo, Sergio. Estaba embarazadísima. De hecho, pasé el oral la primera, por miedo a que el parto se adelantara. Hay que decir que, en este país, fueron profesoras de instituto las que más impulsaron al principio los estudios sobre las mujeres. Por mi parte, al hilo de nuestros debates en la revista *En pie de paz*, a finales de los ochenta empiezo a ver la importancia

de visibilizar a las mujeres, en la sociedad, en el movimiento por la paz, en la historia. Asisto a las Jornadas de Educación no Sexista en Ejea de los Caballeros, que fueron pioneras en esa línea, y a los primeros cursos de formación del profesorado donde se reivindicaba esta visibilización en el currículum. Como toda mi vida he estado estudiando porque amo el estudio, disfruto aprendiendo, tras los cursos de Psicología seguidos a través de la UNED pensé en hacer una tesis. Quería aportar desde mi campo, la física, a la visibilización de las mujeres del pasado. En la universidad nadie sabía nada de eso, pero yo supe siempre de qué quería hacerla: dedicaría mis conocimientos en ciencia a recuperar a las mujeres científicas. De ahí salió *Pioneras españolas en las ciencias*.² Unos años antes, en 1995, pasados mis cuarenta, pedí una licencia por estudios y me fui a Smith College, una de las universidades femeninas que hay en la costa Este de los Estados Unidos, en Massachusetts. El semestre fue fantástico: aquellas bibliotecas y archivos lo tenían todo, incluida una gran parte del legado de la Residencia de Señoritas de Madrid.

Además de la diplomatura en Psicología hiciste el DEA en Filosofía, tu interés por conocer los paradigmas que guían el pensamiento actual está más que demostrado. ¿Cómo crees que debe ser la relación entre las diferentes ciencias para acceder de una forma más completa al conocimiento?

Creo que la formación universitaria saldría reforzada si no hubiera tanta separación entre unos saberes y otros, porque un poema o una imagen pueden inspirar una teoría científica, y sobre todo la historia y la filosofía son clave para saber cómo crecieron las ciencias, si las teorías se descubren o se construyen, darse cuenta de que hay conflictos en la ciencia y qué factores sociales inciden en su resolución, etc. Siendo física, y en coherencia con el pasado remoto de este saber, unido tantos siglos a la filosofía, pienso que las ciencias sociales y las humanidades son clave, no solo para lograr personas graduadas con más madurez, sino también para hacer una ciencia mejor. Por ejemplo, las críticas que el feminismo ha hecho han mejorado muchísimo la ciencia, mostrando sus sesgos, abriendo nuevas preguntas... Un ejemplo cercano: en los últimos años la Unión Europea se ha incorporado a un proyecto de la Universidad de Berkeley que busca la innovación pensando desde la perspectiva de género (*Gendered innovations*).

Por cierto, fue en Smith College, en la estancia antes mencionada, cuando me di cuenta de la estrechez de nuestras universidades, pues allí las posibilidades de elegir y mezclar saberes estaban totalmente abiertas, lo que no impedía el que pudieras especializarte en un campo. Como contrapunto, aquí, a finales de los noventa, viví en primera persona la resistencia y cerrazón de nuestras facultades de ciencias a la introducción de la filosofía y la historia de la ciencia. No se cómo está ahora la situación.

2. MAGALLÓN, Carmen (1998). *Pioneras españolas en las ciencias*. Madrid: CSIC, Estudios sobre la ciencia.



El SIEM, que en el año 2014 cumplió veinte años, es un seminario que ha logrado visibilizar los estudios sobre las mujeres en la Universidad de Zaragoza y también fuera de ella. Tú fuiste participe de su creación en 1994. ¿Cómo surgió la idea? ¿Qué importancia crees que ha tenido en estos veinte años de trayectoria? ¿Cómo crees que está hoy?

Cuando el SIEM se creó en 1994 me encontraba haciendo la tesis, y la convocatoria para esa primera reunión me llegó por dos vías: Pilar de Luis y María José Lacalzada. Ellas habían ido ese verano a algún congreso en ciudades con seminarios de este tipo y habían vuelto con la idea de hacer un seminario de estudios sobre las mujeres en Zaragoza. Como yo también era asidua a estos congresos, había presentado ya trabajos sobre el tema de mi tesis, que era sobre historia de las mujeres en la ciencia, fui convocada. Nos reunimos en la Escuela de Empresariales, en la plaza de los Sitios, donde Pilar de Luis daba clase. Las asistentes estamos en el acta de aquella reunión, entre ellas Ángela López,

que nos dejó. Ese año o el siguiente, no recuerdo exactamente, hubo un congreso muy interesante que lo organizaron las compañeras de Filología Francesa, en concreto Nieves Ibeas, sobre escritura y feminismo.

Los comienzos fueron bonitos. Estábamos todas juntas impulsando la creación del SIEM. Después, a lo largo de los años, ha sido una experiencia interesante pero que ha quedado un poco disminuida por la división que se dio. Surgió un conflicto, lo que es normal y sucede en todos los niveles de la vida, pero creo que no supimos gestionarlo. Personalmente aún tengo esperanzas de que se solucione porque con la unidad ganarían los estudios de las mujeres en esta universidad, unidad en la diversidad y la pluralidad. Es un reto para las nuevas generaciones. En el SIEM participan mujeres que, aunque no sean profesoras en la universidad, son universitarias; eso es una riqueza y al mismo tiempo una fuente de dificultades. En la Comisión de Mujer y Ciencia que creó Ángela Abós en el Gobierno de Aragón defendimos que se creara un instituto de estudios feministas universitarios como los que tenían

ya muchas universidades. Es una idea aún pendiente, un instituto puede ser compatible con un seminario más abierto. Con la unidad creo que habría más fuerza y sería algo alcanzable.

ANTIFRANQUISMO

Militaste en la Larga Marcha hacia la Revolución Socialista. ¿Cómo se vivía la militancia política en esos años? ¿Cuáles eran los objetivos principales que te planteabas en un postfranquismo? ¿Qué opinabas de los otros partidos como el PCE o el PSOE?

En Zaragoza, y creo que en toda España, quien se movía contra Franco era sobre todo el PCE. Eso no lo olvido y siempre defiendo que hay que darle ese reconocimiento. Nosotros éramos críticos con el PCE pues lo veíamos alejado de los estudiantes *normales*, los militantes que conocíamos estaban dedicados solo a la política; nosotros queríamos incluir a todos y, desde luego, seguir con nuestros estudios. Mi núcleo de amigos y amigas queríamos estudiar y a la vez comprometernos políticamente. En ciencias, la mayoría éramos de los comités de estudiantes. En letras predominaban los comités de estudiantes revolucionarios, ligados al Movimiento Comunista (MC). Estos insistían siempre en el anticapitalismo, mientras nosotros insistíamos en el antifranquismo, en la lucha contra la dictadura; estábamos ligados a la Larga Marcha hacia la Revolución Socialista, un grupo que nació en Zaragoza. En esta universidad los partidos que predominaban eran el PCE, el MC y la Larga Marcha.

Mi primera manifestación fue la que se hizo contra la pena de muerte, la de Puig Antich (1974), que finalmente sería ejecutada. La forma de manifestarse estaba muy estudiada y era muy precisa ya que las manifestaciones estaban totalmente prohibidas. Sabíamos la hora y el lugar (en este caso, fue la plaza de San Miguel), se iban llenando las aceras y veías a gente conocida por todas partes pero no podías saludar ni decir nada a nadie; cuando se ponía el semáforo en rojo para los coches, se producía lo que se llamaba «el salto»: alguien tocaba un pito, todas las personas nos juntábamos en el paso de peatones y comenzábamos a avanzar con los coches parados detrás; así se iniciaba la manifestación. Aguantábamos caminando hasta que llegaba la policía, que es cuando salíamos corriendo en todas las direcciones. En aquella ocasión, solo llegamos hasta el Teatro Principal.

En 1974 y 1975 ya sabíamos que el franquismo tenía que caer, pero no que continuaría matando hasta el final (los últimos fusilamientos del franquismo fueron en septiembre de 1975). Había un miedo tremendo. En esos meses nos detuvieron a Pedro³ y a mí, la brigada Político Social me interrogó largo rato (una ronda de muchos a la vez) y me tuvieron tres días en el calabozo. A Pedro lo sacaron antes. El miedo duró al menos hasta 1978.

3. Pedro Arrojo, mi compañero-marido-padre de mi hijo desde 1972.

El PSOE, por el que me preguntas, en esos años apenas existía en la Universidad de Zaragoza, conocíamos a uno en Matemáticas, José Félix Sáenz, que luego fue diputado. El partido que más luchó contra Franco fue el PCE, con más continuidad, más gente y más detenidos. Nosotros lo criticábamos, no estábamos de acuerdo con sus estrategias, pero con el tiempo nos dimos cuenta de lo que significó y aprendimos a darle un reconocimiento.

Yo, al principio, y creo que siempre, me resistía bastante a lo que significaba la militancia en un partido, de modo que en la Larga Marcha solo fui de base. Después de haber tenido una educación muy dogmática, ser de un partido entonces significaba de nuevo la rigidez, volver a la disciplina y la pérdida de libertad personal, sobre todo en aquellos partidos que se regían por el llamado centralismo democrático. Además, mis primeras lecturas prohibidas habían sido sobre anarquismo, y me gustaban mucho las ideas de aquella cultura ilustrada de los obreros, los ateneos, la libertad en las relaciones. En mis primeros años en la universidad me identificaba más con los *progres*, una tribu de jóvenes con pelo largo, vaqueros y trenca que íbamos a los cineclubs y al teatro de vanguardia. Cuando nos comprometimos con los partidos, aquella libertad de actuar fue coartada, porque ser *progre*, marcar cualquier diferencia «te delataba» ante la policía. A mí eso me reconcomía, aunque comprendiera que la clandestinidad lo exigía. Pero era volver a lo mismo: nos habían educado para sacrificarnos en aras de ir a un cielo (que nos quitaron) y ahora había que sacrificar el presente de nuevo y trabajar para otro cielo, que era la revolución. Yo no acababa de creérmelo ni de estar de acuerdo, creía que tenía que existir una coherencia entre lo que perseguías y lo que vivías, que fines y medios tenían que estar unidos. Todavía lo pienso.

Zaragoza fue una ciudad de destino para miles de inmigrantes, muchos aragoneses/as que venían de los pueblos de Aragón y de otros lugares. Éramos objetivo del desarrollismo, de la especulación del suelo y de los expolios urbanísticos. Miles

de personas llegaron a la ciudad para trabajar en la industria y se instalaron en los barrios periféricos, que estaban totalmente desamparados por el gobierno municipal. Estos barrios y sus asociaciones de vecinos fueron importantes en el antifranquismo. ¿Cómo recuerdas ese contexto de los setenta al llegar a Zaragoza? ¿Participaste en el movimiento vecinal?

Los miembros de comités de estudiantes y de los partidos fuimos a vivir y a trabajar a los barrios. Ahí volvimos a encontrar y a discutir con la gente del PCE, que eran un poco mayores que nosotros y lideraban el movimiento, no solo vecinal, también el obrero. Nosotros nos fuimos a vivir a Torrero, a mediados de los setenta, cuando aún estábamos estudiando, y empezamos a participar en el movimiento vecinal, en la creación de la asociación de vecinos. Todavía seguimos viviendo en ese barrio. Entonces las asociaciones eran muy necesarias, por los déficits de equipamiento de los barrios. Luego cuando ganó el PSOE se mejoraron mucho y se institucionalizó gran parte de las actividades de las asociaciones de vecinos.

Si comparamos aquellos momentos con los actuales nos damos cuenta de que entonces tampoco éramos tantos los que pugnábamos por el cambio social (grupos de estudiantes, trabajadores...) porque había mucho miedo y la gente no se movía. La diferencia es que siendo pocos, entonces incidíamos, marcábamos el rumbo del cambio, teníamos la hegemonía. Después la sociedad se fue transformando hacia donde habíamos empujado: los valores democráticos, el feminismo... Hoy los valores que nuestra generación lideró están más extendidos, aunque de un modo más difuso. Pero la hegemonía no la tienen las ideas transformadoras, pues estas nacen de un estado de necesidad y ahora hay más cosas que conservar; desde que se empezó a vivir mejor, la sociedad se hizo más conservadora. En los últimos años, muchos avances se han deteriorado, hemos retrocedido en derechos y bienestar. Y la comprobación de que la historia no avanza linealmente nos pilla con movimientos sociales debilitados.



106

Hoy día vemos una lucha por el relato predominante de la Transición donde muchos políticos deciden poner de ejemplo esos años por la concordia, el acuerdo, los pactos... Pero apenas se habla de la lucha política, del miedo y de la violencia de esos años. Y tampoco se habla de los crímenes del franquismo sino como un «reabrir heridas». Al respecto, el historiador Paul Ricoeur habla de que ese férreo control sobre la memoria provocó una serie de «memorias impedidas», de «memorias heridas». ¿Cómo afrontaste esta cuestión desde tu propia experiencia, como hija de un republicano del Bajo Aragón? ¿Cómo nos afectó esto a la construcción de un relato con justicia sobre la Guerra Civil, desde tu punto de vista? ¿Por qué los partidos políticos de izquierdas, en la Transición, no reivindicaron la legitimidad democrática de la Segunda República frente al golpe de estado? ¿Cómo lo viviste tú como militante antifranquista?

Primero decir que no me reconozco en la expresión «hija de un republicano», no me corresponde, en-

caja mejor decir «hija de un joven que luchó al lado de la República». Y es que mi padre no pertenecía a ningún partido: era un labrador al que le tocó en un lado de aquella guerra fratricida, que nunca se pasó al otro, eso es verdad, y que tal vez fue adquiriendo conciencia, pero que nunca tuvo una ideología definida. Los relatos de mi infancia los recuerdo como prepolíticos: afrentas, muertes, castigos, bombardeos, huidas, exilios... Desastres de la guerra, no ideas, más allá de que sí se criticaba el ataque a la religión porque mi familia era muy religiosa y a un tío abuelo mío, que era cura, lo fusilaron en Tamarite de Litera.

En cuanto a la Transición, nosotros en Larga Marcha, que entonces ya se había unido con otros pequeños partidos para formar lo que se llamó el Frente Democrático de Izquierdas, en el referéndum del 77 defendimos la abstención, porque éramos partidarios de la ruptura, no de la reforma. No nos sentíamos comprometidos con la Transición. En aquel momento no entendíamos la estrategia del PCE, que de haber defendido la república de pronto empezó a sacar banderas españolas y a aplaudir

a la policía, esa policía que nos había perseguido y detenido. Eran estrategias con las que no estábamos de acuerdo. Nosotros éramos más de principios, más jóvenes y más radicales, pero también más inmaduros. Personalmente, y viendo lo que pasó después, fui de las que llegó a pensar que quienes votaron a favor del referéndum de la constitución hicieron bien. Por todo lo dicho sobre la dureza del contexto previo, el de la dictadura, porque era importante romper con el miedo e ir ganando libertades y derechos.

Pese a nuestro rechazo, cada paso que se daba era un logro enorme. Después de ver compañeros encarcelados, fusilamientos... aquello, los pasos que se dieron en la Transición, fue importante. El franquismo había sido muy eficaz, Franco murió en la cama y murió matando. Era un régimen de terror y el miedo nos paralizaba, lo llevábamos impregnado en la piel. Había que dar pasos políticos en ese presente. Por eso, hay que juzgar la Transición en aquel contexto. Otra cosa es que, si entonces no se pudo, ya hace tiempo que tendríamos que haber avanzado hacia la ruptura, empezando por la construcción de un relato común sobre lo que fue aquella dictadura, sobre la memoria. En los años de la Transición no se debatía, pues quienes tenían que haber sacado el tema, la gente del PCE, no lo hacían por estrategia. Y nuestra generación no sabía nada. La historia que nos habían contado era otra y las historias que habíamos oído en casa, cuando niños, no eran suficientes. No había un relato incorporado ni tampoco estaba estudiado ni investigado. La labor investigadora tardó pero ha sido muy importante. Todavía queda por hacer: aún queda pendiente exhumar muchos cuerpos y dignificar la memoria de quienes perdieron. Y, desde luego, no puede decirse que eso sea reabrir heridas porque muchas nunca se cerraron.

107

FEMINISMO Y PACIFISMO

Me gustaría ahora tratar dos corrientes ideológicas, dos movimientos sociales que son claves en tu trayectoria: el feminismo y el pacifismo. ¿Es adecuado el término feminismo? ¿Cuándo comenzaste a tener una conciencia feminista?

Hablar de feminismo sigue pareciéndome adecuado, además de necesario. Podemos deconstruir los sexos, los géneros, debatir, discrepar... pero quienes no reconocen lo que deben a las generaciones anteriores están segando la hierba bajo sus pies. Nuestra situación de grupo subordinado no hubiera cambiado si no hubiera existido el feminismo, y es de justicia reconocer que a las feministas que nos precedieron les debemos gran parte de los derechos y libertades actuales. Un movimiento no es nada sin raíces, sin genealogía.

Yo comencé viviendo el feminismo en clave personal. Veía el machismo que había en los partidos, en la universidad, en la sociedad en general

y me reconcomía y rebelaba. No me vinculé a una organización feminista como tal porque vivíamos en un país en el que aquellos derechos por los que había peleado el feminismo, el voto y otros, no los teníamos ni hombres ni mujeres, de modo que me apunté a organizaciones mixtas. Además, en los años en los que surgen las organizaciones feministas en Zaragoza yo vivía en Galicia. En cuanto regresé me apunté a la Librería de Mujeres y al movimiento pacifista. En 1983 asisto en Berlín a una Convención por una Europa Desnuclearizada; allí conozco a Petra Kelly y quedo fascinada por el pacifismo feminista, o feminismo pacifista, como quieras llamarlo, con el que me siento vinculada desde entonces, primero en el grupo de mujeres de la revista *En pie de paz* y ahora en WILPF.

Las feministas de segunda ola, en los años setenta, veníais del antifranquismo y muchas militabais o habíais militado en algún partido político de corte marxista. ¿Cómo crees que la experiencia y la asimilación teórica del marxismo influyeron en la articulación teórica de ese feminismo de segunda ola? ¿Cómo viviste los debates teóricos del momento, sobre «la doble militancia» y el debate igualdad/diferencia? ¿Había otros debates?

En la Larga Marcha no había debates feministas. Lo nuestro era la revolución, nada más y nada menos. Fue más tarde cuando me di cuenta de lo estrecho de aquellos marcos marxistas de pensamiento y acción. No viví el debate sobre la doble militancia; supe de él por Teresa Agustín, amiga de Lola Sánchez, a su vez amiga de Amelia Valcárcel, referente teórico del feminismo de la igualdad en los primeros años. Yo viví un feminismo más atípico, que no entraba en las corrientes organizativas y de poder de las organizaciones feministas. Lo vivía y lo debatía con las mujeres de la revista *En pie de paz*. El nuestro era un feminismo de la autoconciencia, en la línea italiana, cercanas a la diferencia sin renunciar a la igualdad. Como veníamos, eso sí, del marxismo, nuestros planteamientos eran en realidad enmiendas a los déficits que habíamos vivido.

Las organizaciones feministas que nos rodeaban las veíamos muy dogmáticas y nosotras huíamos de todos los dogmatismos, del dogmatismo feminista también. En esos años, hablo de los ochenta, había mucha rigidez a la hora de considerar quienes eran y quienes no eran feministas. Hubo una apropiación del concepto y eso era muy opresor. Había que reivindicar todo lo que los hombres tenían, tanto derechos como obligaciones, se perseguía una igualdad homogeneizadora y si decías que no, ya no eras feminista. Nosotras, las pacifistas feministas, no estábamos de acuerdo, por ejemplo, en que las mujeres teníamos que reivindicar el servicio militar obligatorio. En este punto, pensábamos: «que ellos reivindiquen nuestro estatus». Hay que decir que las que marcaban las pautas y las teóricas del momento eran más mayores que nosotras y tenían más influencia. Viví esta tensión en la Librería de Mujeres de Zaragoza, en donde más tarde el papel conciliador entre las de la igualdad y las pacifistas lo jugaron las jóvenes del colectivo universitario Lisístrata, un grupo que en aquellas disputas ponía por delante el amor a las mujeres, a todas las mujeres. En el grupo de mujeres de la revista *En pie de paz* vivimos un feminismo sin tabúes, desde el que nos dimos permiso, unas a otras, para pensar y escribir sobre todos los temas, un feminismo empoderado y coherente con nuestras vidas.

Algunas autoras como Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Virginia Woolf son muy importantes para entender las lecturas y el pensamiento de las feministas de los años setenta y ochenta. Sin embargo, me gustaría saber cuáles fueron las que más te influyeron a ti y con cuáles no estabas tan de acuerdo.

Recuerdo dos libros que fueron importantes para mí: *De mentiras, secretos y silencios*, de Adrienne Rich, y *Las otras*, de Rossana Rossanda. Este último, sobre todo, fue muy importante porque ella era una comunista italiana, del PCI, que siempre se había sentido igual a sus compañeros de partido, hasta que empieza a ver a *las otras* y a sentir la necesidad de hablar



desde esas otras, desde las mujeres. Algo parecido nos había pasado a nosotras, de modo que nos sentíamos identificadas con esa evolución. Mientras estuvimos en la universidad, y después en muchos espacios, nos sentíamos iguales a nuestros compañeros en la lucha política, ¡por supuesto! Hasta que fuimos profundizando. Te podías sentir igual subjetivamente, era así, pero había que dar el paso, y lo dimos, de ver cómo se estaba tratando socialmente a las mujeres. Otros libros importantes fueron los de Virginia Woolf, *Una habitación propia* y *Tres Guineas*. Me impactaron también los escritos de Alexandra Kollontai y Doris Lessing (*El cuaderno dorado*); leí los diarios de Anais Nin, Wilhem Reich sobre la revolución sexual... Porque esos años fueron los del descubrimiento de la libertad sexual. En este terreno, como en los demás, todo estaba prohibido, y nuestra conciencia política creció con el anhelo de libertad, también en el terreno de las relaciones personales. Nuestra generación se sumó con entusiasmo a la revolución sexual y al movimiento de las comunas,

a la vida en grupo que habían iniciado los *hippies* en los setenta y que aquí llegó un poco más tarde.

¿Qué nos queda del legado feminista de los años setenta y ochenta? ¿Hay un repunte feminista en los partidos, la movilización social, en la sociedad hoy día? ¿Qué opinión tienes sobre el trato que los medios de comunicación dan a la violencia machista?

En general, la sociedad actual está más sensibilizada y más impregnada de valores feministas que la de aquellos años. Pero de un modo difuso y a veces confuso. Por una parte, persiste la confusión respecto a qué pretende el feminismo o los feminismos, hay una visión reduccionista e incluso negativa en muchos discursos sociales, que siempre hablan de agresividad y, curiosamente, a veces defienden posiciones feministas pero niegan que lo sean; por otra, las ideas sociales más innovadoras para la transformación social han nacido de investigadoras y grupos de mujeres (a los que se



110

están sumando también hombres): la economía crítica feminista, la sociedad de los cuidados, la revisión de los tiempos de vida, la crítica a la guerra y la denuncia y erradicación de la violencia, empezando por la violencia machista. Son planteamientos que guían a movimientos que crecen en muchos rincones del planeta y que lanzan una crítica radical a este modo de vivir negativo e insostenible. El feminismo ya hace tiempo que no es un discurso solo de derechos de las mujeres, sino un proyecto global diverso que empuja hacia una transformación social. Como dijimos en el congreso de los cien años de WILPF (La Haya, 2015), las feministas estamos tratando de hacer de este mundo un lugar más habitable para todos.

El feminismo de tercera ola ha cuestionado el sujeto del feminismo de segunda ola por ser un sujeto hermético, que requiere de la identificación de «la mujer» con el sexo con el que nace, que invisibiliza (si no niega) otras experiencias no recogidas en ese sujeto. Esto ha sido cues-

tionado por muchas protagonistas de segunda ola que, de alguna forma, ven como lo queer o lo trans les arrebató un espacio de identidad de lucha. ¿Cómo podríamos resolver este problema? ¿Podemos participar desde un feminismo rico en diversidad sin centrarnos en un sujeto unitario como motor del mismo?

A mi generación le tocó debatir con el determinismo biológico, con el peso de que nacer en un cuerpo marcaba los roles y el desempeño social al que podías aspirar. De ahí que viéramos como liberadora la noción de género, tal como se concebía al principio. Nos permitía separar el cuerpo de la construcción social. El feminismo ilustrado, o de la igualdad, huía del debate de los cuerpos, negaba papel a la diferencia sexual, dado que esta había sido la base de la discriminación. En la Universidad de Valencia, en los ochenta o principios de los noventa, asistí a unas jornadas donde escuché a Judith Butler y las diatribas y tensiones entre sus planteamientos y los de las filósofas de la igualdad. Butler habló allí de que «los

cuerpos importan», lo que también era el inicio de *El género en disputa*.

Las feministas pacifistas estábamos más cercanas a la diferencia, en el sentido de reconocernos en una genealogía de mujeres con una historia y una tradición, no tanto insistiendo en la noción de cuerpo. Y, por supuesto, defendíamos la igualdad de derechos, pero no siempre tomando como modelo al varón. Éramos criticadas porque ser pacifista parecía dar la razón a quienes atribuían a las mujeres una *naturaleza* pacífica esencial. Para confrontar este discurso había que ser guerrera. Para mí, era lo mismo tanto aceptar como negar acriticamente algo: significaba no ser libre. Creo que la clave es actuar por opción: trabajar por la paz no nos viene dado en el cuerpo; para las mujeres como para los hombres es una opción. Estas tensiones las vivíamos en los debates de la Librería de Mujeres.

Otro núcleo de debate era el problema del sujeto. Las feministas de la igualdad criticaban las posturas posmodernas deconstruccionistas del sujeto universal. Curiosamente, decían, ahora que las mujeres estamos llegando a la condición de sujeto, este no existe o se fragmenta. A mí me gusta la posición de Chantal Mouffe, decir que las identidades son nómadas y que, aunque no existan esencialmente, aunque haya diversidad y pluralidad, constituir un sujeto es una opción política, una opción que permite constituir un movimiento, nos permite hablar «como mujeres» cuando queremos insertarnos en una tradición feminista, fundada por mujeres.

Mi experiencia histórica, vital y grupal, ha sido más una de ruptura con el género, entendido como corsé psicosocial, y abogar por «una construcción libre de sí». Lo que se me escapa un poco es cómo se conjuga eso con la vivencia del cuerpo y la construcción del sexo, con la teoría *queer*, con el reto de la deconstrucción de los sexos, constituidos por las normativas de género. Se me escapa en el terreno de los movimientos, no en el teórico, ya que son las filósofas feministas de la ciencia, que he leído y que a mí me han influido mucho (Anne Fausto Sterling, Hilary Rose, Londa Schiebinger, Donna Haraway, Sandra Harding...) las que dan

asiento teórico a estas corrientes, critican a fondo que exista una materialidad incontrovertible ahí afuera, y en particular que el sexo sea como «un lecho de roca firme» (recuerdo haber leído esta frase de alguna de ellas). Además, precisamente en el SIEM, el grupo de género y ciencia, Gencianas, hemos trabajado sobre el cuerpo, el sexo y las construcciones de la ciencia sobre ellos; en particular, nuestra compañera Isabel Delgado dedicó su tesis y su libro a las teorías sobre la determinación cromosómica del sexo. Así pues, tengo, tenemos, las herramientas teóricas para entender que tanto los géneros como los sexos se construyen. Pero creo que hay una nueva generación que vive, vivís, el reto *queer* y la deconstrucción de sexos y géneros de un modo más central, más vital, más en la propia piel. Y en esto tenemos que escucharos y aprender de vosotras.

Desde finales de los años setenta, participas en el Colectivo por la Paz y el Desarme de Zaragoza. Aragón era objetivo nuclear, en Zaragoza estaba la base americana. ¿Crees que en Aragón el pacifismo tuvo más importancia que en otros lugares? ¿Qué relación tenía el movimiento pacifista y el feminista?

En Aragón, sobre todo en Zaragoza, en el contexto de la Guerra Fría, el tener la base norteamericana provocó un descontento muy fuerte en la población porque dentro de la estrategia llamada de «destrucción mutua asegurada», que seguían las grandes potencias, la base nos convertía en objetivo nuclear. Así es que en los ochenta cambiamos del miedo al franquismo al miedo nuclear. Quienes habíamos estudiado Físicas sabíamos del poder destructivo de la bomba atómica y la radiactividad, sentíamos que aquella estrategia era un juego muy peligroso y que había que dar a conocer las consecuencias de un ataque nuclear. Creo que esto nos empujó a comprometernos.

El Colectivo por la Paz y el Desarme nació en 1982. Empezamos haciendo asambleas ciudadanas en el cine Pax, que estaba en la plaza de la Seo. Un planteamiento que funcionó bien fue establecer que allí estábamos a título personal, no como representantes

de partidos. La mayoría veníamos de experiencia de partidos que nos habían machacado (dejándonos en la estacada con conflictos y deudas). En el colectivo participaban personas que han desarrollado después liderazgos en otros campos. Estoy hablando de Pedro Arrojo, Montse Reclusa, Víctor Viñuales, Virgilio Marco, Rosa Lorenzo, Chema Mendoza, Almudena Borderías, Carlos Barba, Paco Goyanes... El movimiento pacifista que se formó en Aragón fue muy fuerte y singular. Se creó la Coordinadora de Organizaciones Pacifistas del Estado español y el primer encuentro fue aquí, en Zaragoza. Aunque había más ciudades involucradas, Zaragoza tenía el liderazgo, éramos muy potentes. El I Encuentro de Organizaciones Pacifistas se hizo coincidiendo con la cadena humana a la base americana, que reunió a unas 25 000 personas, llegadas de distintas ciudades.

112

Nuestro movimiento era abierto, ciudadano, queríamos transformar la mentalidad social, desmontar la idea del enemigo soviético y hacerlo no solo negando sino con propuestas en positivo. El movimiento pacifista en el Estado, sin embargo, seguía siendo deudor de los viejos estilos. Por ejemplo, el Comité anti-OTAN, ligado al MC, desde nuestro punto de vista entonces seguía estrategias más de partido que de movimiento. Pero fueron importantes y trabajábamos juntos.

Participaste en la marcha hacia la base norteamericana, que dices fueron 25 000 personas y 15 km de cadena humana, y además hicisteis el Campamento de Mujeres por la Paz. Esto fue algo histórico porque creo que no se había hecho antes en España. ¿Cómo surgió la organización de este campamento? ¿Hubo unidad dentro del movimiento feminista para sumarse a la iniciativa? ¿Cómo influyó tu viaje a Berlín a la hora de establecer lazos con otras mujeres del movimiento por la paz?

El Puente por la Paz (así se llamó la cadena) fue una acción única en su estilo. Participamos unas 25 000 personas, distribuidas a lo largo de los 15 km hasta la base, estaba muy bien organizado, con unas tarjetas

que indicaban tus kilómetros y personas coordinadoras que iban en bicicleta ayudando a distribuir a la gente. Cuando llegó el momento, nos cogimos de las manos... y el resultado fue impresionante. Contra la base ya se habían hecho muchas manifestaciones en Zaragoza, pero ninguna como esta, de emocionante y amplia. En la prensa aragonesa salió reflejada, pero en el resto del Estado nada. Desgraciadamente, esta invisibilización de lo que hacemos en Aragón sigue sucediendo.

El Colectivo por la Paz nació en el 82, yo fui a Berlín en el 83, a la Convención por una Europa Desnuclearizada, y en el 84 a Peruggia, Italia, a la II Convención. Fue allí, en Peruggia, donde coincidí con el grupo de mujeres de Barcelona, con las que formaríamos más tarde el grupo de mujeres de la revista *En pie de paz*. El colectivo editor de esta revista era mixto, y nos habíamos conocido ya en el 83, cuando vinieron a participar a la cadena humana. Con la gente del Colectivo del Guinardó de Barcelona tuvimos un flechazo enorme, ellos hacían una revista, *En peu de pau*, y nosotros otra, *Euroshima*, hasta que en el 86 decidimos unirnos y fundar *En pie de paz*. En la revista, que se editó desde 1986 hasta 2001, sin subvenciones ni publicidad, crecieron unas relaciones intensas de amistad, entre gentes de Barcelona, Bilbao, Madrid, Burgos, Sevilla... Durante un tiempo fuimos un referente de pensamiento en el campo de intersección del verde, rojo, blanco y violeta. Hoy todos los números están digitalizados y accesibles en la red.

El Campamento de Mujeres por la Paz se hizo en Zaragoza en septiembre del 84. Cuando regresé de la convención de Peruggia comuniqué en el Colectivo por la Paz y el Desarme la idea de la campaña, «10 días 10 millones de mujeres saliendo de casa por la paz», que se había lanzado en Italia. Las mujeres del colectivo nos pusimos en marcha, convocamos a todas las organizaciones de mujeres de la ciudad, incluidos sindicatos, asociaciones de vecinos, amas de casa, todas, y reunimos a más de ochenta representantes en el cine Pax, de la plaza de la Seo. En aquella asamblea se decidió unirnos a la campaña europea haciendo un

campamento de mujeres que se instaló en el parque del Tío Jorge y terminó con una marcha de mujeres a la base americana.

Participaste en el Seminario de Investigación para la Paz (SIP) desde su fundación, y en el año 2003, cuando se convirtió en fundación, pasaste a ser la directora. ¿Qué diferencias ves en el activismo desde las instituciones?

En el Colectivo por la Paz y el Desarme nuestras acciones estaban situadas claramente en el marco del movimiento pacifista. La Fundación SIP no es tanto de acción como de elaboración y diseminación de conocimiento, un foro plural de debate (no me gusta lo de *think tank*, aunque conceptualmente es cercano a eso). La idea nace ligada al movimiento y a los jesuitas del Centro Pignatelli, en particular a Jesús María Alemany. En el colectivo queríamos hacer un centro de documentación y, de hecho, se empezó en la plaza de San Miguel. Pero la tarea nos desbordaba. Víctor Viñuales y Pedro Arrojo fueron a hablar con Alemany. Se había iniciado el primer gobierno autónomo aragonés y Alemany y J. Luis Batalla hablaron con José Bada, primer consejero de Cultura, planteándole la idea. Se firmó un convenio por el que el gobierno autónomo encargaba al Centro Pignatelli la creación del SIP. Era 1984. En los ochenta todos los asistentes eran hombres y, la mayoría, militares. Yo estaba cortadísima pero, aun así, iba. Era la única mujer. Ya sabes lo de los retos...

El SIP ha sido, desde el principio, un foro plural. No es su papel hacer propuestas de acción ni apoyar posicionamientos. Justamente en ese momento de los ochenta, cuando el movimiento por la paz era más intenso, el SIP se ofrece como centro de documentación y como un lugar donde se pueden debatir las diferentes posiciones, un espacio de diálogo e intercambio de perspectivas. Se convoca al Colegio de Abogados, a la universidad y también a la Academia General Militar (en esos momentos, al PSOE, que había entrado en el gobierno recientemente, le interesaba que los militares participasen en actividades de la sociedad civil). Nosotros seguimos con el movimiento por la paz, so-

bre todo a través de la revista *En pie de paz* que, como he dicho, surgió en 1986 dentro de la campaña para salir de la OTAN. Para mí, la experiencia de *En pie de paz* me marcó profundamente. Todavía somos un grupo, una identidad. Ahora, ya hace tiempo, a mis referencias identitarias he añadido también el grupo de personas de la Fundación SIP.

Desde el año 2011 presides la sección española de WILPF. ¿Qué ha significado WILPF en la historia del feminismo? ¿Cuáles crees que son los motivos de su ausencia en la historiografía actual, la invisibilidad de algunas de sus representantes feministas y pacifistas, como Isabel Oyarzábal en el caso español? ¿Cuáles son los retos a los que se enfrenta WILPF hoy día?

Como sabes, y a ti te pasa también, Sandra, la historia de WILPF me fascinó desde que la conocí. Que las mujeres de países que estaban en guerra fueran capaces de reunirse en La Haya en 1915, en plena I Guerra Mundial, y aprobar veinte resoluciones para parar la guerra y construir una paz permanente me parece un hito histórico. Pero también sabes que es una historia desconocida, sobre todo en nuestro país. Y que nosotras, desde WILPF España, desde que nos unimos en 2011 a esta organización internacional, estamos trabajando para darla a conocer. El grupo de historia de WILPF, en el que estamos las dos y también otras compañeras del SIEM (Gloria Álvarez, Carmen Romeo, Inocencia Torres, Cristina Baselga y Concha Gaudó), trabajó para dar a luz una exposición preciosa, comisariada por Concha Gaudó, sobre los cien años de esta organización, una exposición que ha recorrido ya varias universidades (Zaragoza, Valencia, Alicante, Valladolid...).

En cuanto al desconocimiento de las españolas que fueron feministas y por la paz en el periodo entre guerras, ya sabes también que tenemos un proyecto entre manos, y que en marzo de 2017 esperamos darlo a conocer.

Los retos de WILPF hoy siguen siendo casi los mismos que hace cien años, así de resistentes son los mecanismos de la guerra y las armas: lograr el desarme

universal, defender los derechos humanos, construir cultura de paz, una paz con justicia... y erradicar la violencia de género. Todo ello, incidiendo en la política internacional, nacional y local, ¡nada menos!

ACTUALIDAD

El 15M fue un momento donde el discurso de la protesta desde la no violencia pudo al discurso del descrédito y del insulto desde el poder y desde los medios de comunicación. ¿Cómo lo viviste? ¿Qué crees que debemos preservar al respecto?

Esta pregunta es para nota... Bueno, todas lo son, necesitarían muchísimo más espacio para hacerles justicia. El 15M lo viví con mucha esperanza y alegría al ver que había otras generaciones que tomaban el relevo, porque durante mucho tiempo tuvimos la sensación de que el trabajo por un mundo mejor, el cambio social, recaía siempre en los mismos. Por primera vez, recuerdo que mi participación fue más de observadora y apoyo simbólico. Recuerdo haber ido a dormir con una tienda de campaña a la plaza del Pilar, pero casi de incógnito y daba mucho gusto. Compartimos tienda Pedro, José Luis Martínez, Nicolás, que es nuestro perro, y yo.

114

En las asambleas de la plaza me gustaba mucho que no se abuchease, que se respetase y escuchasen todas las posiciones, que no hubiese liderazgos... Ahora el reto lo veo en no perder la frescura de aquel movimiento, de aquellos años, y no repetir experiencias de partidos dogmáticos, a mí me da miedo que eso suceda. Este es uno de los riesgos que veo en Podemos: que caiga en una estructura piramidal al viejo estilo. También que solo dé cancha a un pequeño grupo de líderes, muy en clave masculina. Hay que repartir más juego. Podemos tiene gente que es muy interesante y está preparada en muchos campos, hay que dejar hablar y espacio en la escena a toda esa gente. Es cierto que quizás son víctimas del contexto mediático, que se empuja siempre a los mismos a lidiar en los platós... Creo que habría que resistirse. Me parece que es un error la prisa por llegar al gobierno. No hace falta estar en el gobierno para incidir y lograr cambios significativos. Y me gustaría que hubiera mujeres más empoderadas, tipo Ada Colau. Tras ver sus reflexiones en la película que han hecho de ella, salí convencida de que ejerce un liderazgo distinto.

¿Cómo ves la crisis del sistema político actual, el resquebrajamiento de los pactos de la Transición?

En este país de países, yo me apunto a esta designación, hay mucha diversidad, diferentes contextos, hay sociedades más concienciadas que otras, y sentimientos identitarios que no encuentran su adecuación en el actual marco constitucional. Hace tiempo que habría que haber abordado



esta situación. No pasa nada por adecuar las leyes a los nuevos requerimientos. El peligro de ruptura (que se vaya Cataluña) no aumenta con los cambios sino con la inacción.

La situación actual es muy distinta al contexto anterior donde había tanto por hacer en los barrios, en las universidades, en las ciudades... Por una parte, hemos avanzado mucho, la mayoría de la gente vive mejor que en los setenta, aunque ahora hay un retroceso, pero por otra parte el orden mundial se ha convertido en algo muy opresor, un pensamiento único, el neoliberalismo, el poder de las finanzas, es como un fantasma que nos aplasta. Y está también la irrupción de los fanatismos religiosos, la proliferación de un terrorismo casi de la Edad Media. Es muy llamativo y hemos de profundizar en por qué desde sociedades con alto nivel de consumo, como las europeas, algunos jóvenes se sienten llamados a la radicalización terrorista.

Una sociedad de consumo que no incorpore una serie de valores sociales, de compromiso con el

cambio climático, con otras formas de vida, nos aboca a un nihilismo, a una falta de sentido. Era más rico el contexto anterior, cuando no había esta imposición contextual global de lo financiero y sí una necesidad que movilizaba valores de otro tipo. Cuando se empezaba a hablar de algo interesante como es el decrecimiento, en la línea de los escritos de Jorge Riechmann, entonces empezó la crisis y esta empuja a los políticos y a la sociedad a un discurso que lo cifra todo en que «hay que crecer», sin preguntarse crecer en qué y decrecer en qué.

Indudablemente, hoy la política tiene que mirarse desde el punto de vista planetario, un planeta finito en el que hay que plantearse otras formas de vida. No solo vivir para consumir. Vemos que los horarios de vida son inhumanos para mucha gente, impiden que nos cuidemos, que nos relacionemos. Otras sociedades con menor nivel de consumo, como las sociedades de América Latina, sí conservan tiempos más pausados. Cuidar la naturaleza y tener en cuenta a las gene-

raciones futuras tiene que estar en nuestro horizonte, no solo mirarnos el ombligo.

Para terminar me gustaría preguntarte sobre cómo podemos afrontar un problema complejo de actualidad: la complejización de las guerras y el auge del terrorismo. ¿Cómo actuamos ante una persona que está dispuesta a suicidarse matando? ¿Cómo podemos frenar al fascismo europeo, que gana terreno con un discurso del «miedo al otro»?

Las élites tradicionales en las sociedades europeas están ancladas en políticas belicistas, en seguir produciendo armas persiguiendo más y más beneficios. Al mismo tiempo, no existen políticas proactivas de relación, de cooperación con países en los que predominan otras culturas y creencias. Lo globalizado es el dinero, no la cooperación, pues la llamada «cooperación al desarrollo» es algo encomiable pero resi-

dual. Lo importante serían reglas de comercio justo, no explotación de los recursos de los países más pobres, respeto... Hay que ver cuáles son las raíces de los fenómenos migratorios, respetar el derecho de asilo. En nuestro entorno europeo hacen falta mejores relaciones, más cooperación comercial, cultural y educativa con los países del norte de África, para que los jóvenes de esas zonas tengan un futuro. Las diplomacias tendrían que agilizarse, también, en relación a los países de Oriente Medio, hablar con todos. Sigue siendo válida también la afirmación de la Carta de la ONU: hay que trabajar para cambiar la mente de los hombres, que es donde nacen las guerras, los terroristas suicidas y las culturas del miedo. Las organizaciones de mujeres que trabajan por la paz son un ejemplo a seguir, como se ha visto y reconocido en el proceso de paz de Colombia.